

Nuevos actores para viejos escenarios. La sociedad argárica

Gonzalo Aranda Jiménez

Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada

Resumen: Desde la celebración del Homenaje a Luis Siret en Cuevas del Almanzora celebrado en 1984 han pasado 25 años que para las investigaciones sobre las sociedades argáricas han supuesto un considerable revulsivo y avance en su conocimiento. Durante estos años no sólo se han desarrollado importantes investigaciones de campo, que han aportado una base documental fundamental, sino que la introducción de nuevas perspectivas teóricas y nuevos métodos y técnicas de análisis nos sitúa en un renovado escenario que dista mucho del planteado en la publicación de las actas del Homenaje en 1986.

La profunda innovación que ha sufrido el documento arqueológico en estos últimos 25 años acompañado de novedosas narrativas permite en la actualidad reevaluar aspectos fundamentales en la caracterización de las sociedades argáricas. Recientes investigaciones sobre las formas específicas en que los grupos sociales argáricos construyen, reproducen y modifican sus identidades sociales facilita nuevas respuestas a viejas preguntas como ¿Por qué determinados individuos y grupos sociales aprueban y asumen situaciones de clara asimetría social? ¿Cómo se establecen diferencias entre iguales? ¿Cuáles son los mecanismos que atenúan la resistencia y justifican la diferencia? El trabajo que proponemos supone un ejercicio de análisis crítico de todos estos aspectos que en las sociedades argáricas poseen una especial relevancia, resultado sin duda del excepcional trabajo de Luis y Enrique Siret en mostrarnos a unas comunidades con un sorprendente dinamismo social.

Introducción

Gracias a las investigaciones de los hermanos Siret, el sureste de la península Ibérica se ha convertido desde finales del siglo XIX en un escenario privilegiado para el estudio del proceso de jerarquización social que conduce desde sociedades más o menos igualitarias a comunidades con fuertes asimetrías sociales. Pero, ¿por qué la Prehistoria Reciente del sureste? La respuesta podemos encontrarla precisamente en el dinamismo de los cambios culturales observables en un extraordinario registro arqueológico caracterizado por la variedad y riqueza de sus materiales. En este contexto las evidencias materiales del mundo argárico, especialmente de su ritual funerario, apuntaban desde el principio a sociedades con claras desigualdades independientemente del grado de centralización y de la forma política que esas diferencias adoptaran. De esta forma, la sociedad argárica ha sido considerada como el final o el “culmen” del proceso que conducía a situaciones de dependencia y desigualdad en el seno de las comunidades de la Prehistoria Reciente del sureste.

El dinamismo en el cambio cultural y su relación con el proceso de transformación social ya fue advertido por los hermanos Siret, a quienes la variabilidad, especialmente de los ajuares funerarios argáricos, no les pasó precisamente desapercibida. Las más de 1300 sepulturas, excavadas con anterioridad a la publicación de *Las Primeras Edades del Metal*, fueron interpretadas en clave de identidad social. Así, las espadas, alabardas y hachas fueron asociadas de forma exclusiva a los hombres. Para las mujeres el utensilio característico era el punzón conectado habitualmente a un cuchillo-puñal. Entre los diferentes tipos de adornos, las diademas también eran elementos exclusivos de los individuos femeninos (Siret y Siret, 1889).

Por su parte, las diferencias en la cantidad y cualidad de los ajuares, independientemente del sexo de los inhumados, son consideradas como una muestra clara de las profundas desigualdades sociales. En este sentido, se hacen afirmaciones como “la existencia de clases sociales está probada por los grados de riqueza constatados en estos mobiliarios (funerarios)” (Siret y Siret, 1889: 203) o “Las clases sociales se perfilan. El pobre es enterrado en un agujero, rodeado de algunas piedras toscamente dispuestas; pero no se pone a su lado ningún mobiliario. [...] A las personas más acomodadas, se da como última morada una sepultura cuidadosamente construida. [...] Cerca de ellas, se pone objetos variados, según la edad, el rango y el sexo” (Siret, 1889-90: 436).

A las apreciaciones más o menos intuitivas de los hermanos Siret les han sucedido investigaciones mucho más precisas sobre las diferencias sociales y el desigual acceso a los bienes de producción y consumo. La sistematización de la variabilidad de los ajuares funerarios ha permitido definir diferentes patrones que han sido correlacionados con formas diversas de identidad social tanto de género, edad o clase (Molina, 1983; Lull y Estévez, 1986; Contreras *et al.*, 1987-88; Castro *et al.*, 1993-94; Sánchez Romero, 2004; Lull *et al.*, 2005; Aranda y Molina, 2006). El análisis de otros aspectos como las relaciones espaciales entre sepulturas (Cámara, 2001; Molina y Cámara, 2009) o los patrones de salud, enfermedad o actividad física de las poblaciones argáricas (Contreras *et al.*, 1995; Jiménez-Brobeil *et al.*, 1995, 2004, 2010; Al Oumaoui *et al.*, 2004; Aranda *et al.*, 2008, 2009a) apoyarían igualmente una estructura social claramente asimétrica. Aunque sin la fuerza de las prácticas funerarias, la investigación de otros aspectos culturales, como los patrones de asentamiento y explotación del territorio o las formas de organización social de la producción, ha sido también presentada como argumento a favor de una sociedad jerarquizada.

Aunque con alguna excepción (Mata Carriazo, 1947), la caracterización de la sociedad argárica como jerarquizada ha sido asumida de forma generalizada por la investigación posterior a los hermanos Siret. En la actualidad, hasta donde mi conocimiento llega, existe un claro acuerdo en definir como un elemento básico de la cultura argárica sus diferencias sociales. Sin embargo, este acuerdo se transforma en intenso debate cuando de lo que se trata es de caracterizar el grado alcanzado por las desigualdades sociales o la forma política que adquieren. De esta forma se han propuesto desde formas de organización de tipo principesco (Arribas, 1967), sociedades de jefaturas (Ramos, 1981; Chapman, 1982) o estructuras políticas estatales (Lull y Estévez, 1986; Lull y Risch, 1996; Arteaga, 1993, 2000).

En las páginas que siguen plantearé en primer lugar las diferentes propuestas que a lo largo de la investigación han

tratado de dar respuesta al proceso de jerarquización social. Tres son las etapas consideradas en este primer apartado: una primera que abarcaría desde las investigaciones de los hermanos Siret hasta los años 70 del siglo XX y en donde el modelo colonial fue aceptado de forma prácticamente homogénea. Una segunda etapa, desde los años 70 a principios de los 90, se caracterizaría por el dinamismo en la investigación de campo y por el planteamiento de novedosas teorías de corte autoctonista realizadas básicamente desde perspectivas funcionalistas y materialistas. Finalmente en la última etapa, que llegaría hasta nuestros días, el debate sobre los diferentes modelos interpretativos se ha situado en el ámbito de la contrastación empírica, para lo que la información arqueológica obtenida en la etapa anterior se ha convertido en el elemento fundamental de referencia.

En segundo lugar, centraré la argumentación en las nuevas narrativas que en estos últimos años han comenzado a desarrollarse en torno a la importancia de las diferentes prácticas rituales argáricas como escenario fundamental en el que se crean, legitiman y transforman las relaciones de poder y asimetría social. De esta forma la dimensión simbólica e ideológica de las sociedades argáricas se convierte en el elemento central en el análisis sobre cómo se establecen diferencias entre iguales y de por qué determinados individuos y colectivos asumen situaciones de desigualdad.

Interpretando la variabilidad social argárica

Especialmente para el periodo comprendió entre los inicios de la investigación y principios de los años 90, son variados los estudios que han valorado cuáles han sido los modelos teóricos que han tratado de comprender y explicar el proceso histórico de las sociedades de la Prehistoria Reciente del sureste peninsular. En este sentido destaca especialmente el trabajo de análisis crítico realizado por M^a Isabel Martínez Navarrete (1989) en donde la Edad del Bronce es evaluada en su contexto peninsular y europeo. No vamos, por tanto, a realizar un análisis en profundidad de las propuestas planteadas a lo largo de estas dos primeras etapas de la investigación, tan solo trataremos aquellos aspectos que consideramos más relevantes para los objetivos que se han planteado en el presente trabajo.

De fuera a dentro: El modelo colonial

Los pioneros trabajos de investigación realizados por Enrique y Luis Siret desde 1880, y continuados desde 1886 por Luis Siret y su capataz Pedro Flores hasta la muerte del primero en 1934, sitúan al sureste de la Península Ibérica en un lugar privilegiado en el conocimiento de las sociedades de la Prehistoria Reciente no solo peninsular sino también europea. La espectacularidad de los hallazgos, y muy especialmente el desarrollo de una minuciosa documentación arqueológica ejemplar para su época, han convertido a su obra un elemento básico de referencia cuya vigencia llega hasta nuestros días.

El excepcional trabajo de documentación arqueológica realizado por los Siret fue acompañado de diferentes propuestas de ordenación secuencial e interpretación de la rica evidencia material descubierta en las excavaciones de diferentes

poblados y necrópolis. Como hijo de su tiempo L. Siret recurrió a propuestas difusionistas para tratar de explicar la variabilidad cultural del sureste peninsular. De esta forma considera al Calcolítico como un Neolítico de carácter oriental, específicamente de origen fenicio, con unas cronologías del II milenio. Por su parte, la Edad del Bronce era definida como una etapa de clara influencia céltica situada en el I milenio (Siret, 1906-07, 1913). La clave interpretativa sobre las innovaciones que el registro material del sureste ofrecía se establecía en los procesos difusión-colonización de diferentes pueblos del mediterráneo oriental o de Centroeuropa. El cambio tecnológico, considerado como elemento de *progreso* de las sociedades de pasado, se explicaba de esta forma gracias a la llegada de poblaciones de diferentes ámbitos, especialmente de las civilizaciones clásicas del mediterráneo oriental, consideradas culturalmente más avanzadas.

Aunque los trabajos de Luis Siret no tuvieron continuidad posterior sin embargo ya se habían sentado las bases documentales e interpretativas que han marcado en buena medida el posterior desarrollo de la investigación. Así, la idea de la colonización como elemento explicativo de las transformaciones acaecidas en las sociedades prehistóricas del sureste peninsular se ha mantenido de forma absolutamente generalizada (Martínez Santa Olalla *et al.*, 1947; Evans, 1958; Almagro, 1961; Blance, 1964), formando parte destacada de las síntesis sobre Prehistoria europea de mediados de siglo. En este sentido destaca especialmente las sucesivas reediciones de la obra de V. Gordon Childe (1957) "The Dawn of European Civilization".

No obstante, y en este contexto interpretativo dominante, algunos investigadores matizan considerablemente este marco explicativo. Pedro Bosch Gimpera es posiblemente la figura más destacada ya que adopta una posición mucho más indigenista. De hecho considera que los cambios y transformaciones en la secuencia de la Prehistoria Reciente del sureste son protagonizados por un mismo substrato poblacional, aunque este proceso no estaría exento de contactos con otras poblaciones mediterráneas o continentales (Bosch Gimpera, 1932, 1954).

Sólo desde dentro: el modelo autoctonista

Los años 70 suponen un punto de inflexión en la investigación de las sociedades de las Edades del Cobre y Bronce por varios motivos. En primer lugar el desarrollo de la cronología de C14 supone una importante crisis en el modelo difusionista al situar a las sociedades prehistóricas del sureste peninsular en momentos más antiguos que los pueblos del mediterráneo oriental de los que supuestamente procedían (Renfrew, 1973, 1979). En segundo lugar, a partir de los años 70, y sobre todo durante la década de los 80, la investigación adquiere un fuerte dinamismo desconocido desde los trabajos de Luis y Enrique Siret. Numerosos proyectos de investigación inician en estos momentos su andadura fuertemente influenciados por nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la entonces emergente arqueología funcionalista.

En este contexto el sureste de la Península Ibérica se convierte en un laboratorio de gran relevancia para la contrastación de diferentes hipótesis sobre la aparición y consolidación de las primeras sociedades jerarquizadas. El modelo colonial

da paso, aunque no sin resistencias (Almagro, 1973; Schubart, 1976, Schüle, 1980, 1986), a un nuevo escenario en donde las comunidades del sureste son consideradas como actores activos protagonistas de su propio proceso histórico. De esta forma durante los años 70 y 80 asistimos al planteamiento de nuevos modelos explicativos sobre el dinamismo del cambio cultural documentado por los hermanos Siret en el Sureste.

Uno de los elementos clave para comprender el proceso de creciente complejidad social estaría relacionado con la asunción de unas condiciones climáticas similares a las actuales caracterizadas por una fuerte aridez. A partir de esta premisa autores con Robert Chapman (1977, 1978, 1981) plantean que el clima fue la causa que provocó un importante proceso de agregación poblacional como único medio para el desarrollo de una agricultura basada en prácticas de irrigación artificial. La agregación junto a la intensificación agrícola favorecerían la especialización en diferentes actividades productivas y el desarrollo de un proceso de creciente complejidad social. Las nuevas formas de organización social basadas en la jerarquización son concebidas como la respuesta de estas poblaciones a unas condiciones medioambientales extremas. La diferenciación social surge por la necesidad de asegurar la distribución y gestión de un bien clave para la subsistencia de la población como es el agua (Chapman, 1982).

Desde la misma perspectiva teórica de corte funcionalista utilizada por R. Chapman, C. Mathers (1984a y b) considera que la jerarquización social se produce en unas condiciones caracterizadas por limitadas tierras potencialmente arables y por el irregular régimen pluviométrico que caracterizan a la zona nuclear del sureste (norte de Almería y sur de Murcia). Estas circunstancias habrían provocado la intensificación de la producción, gracias al control del agua, y un mayor grado de integración regional mediante sistemas de alianza e intercambio, todo ello como medio para minimizar los impredecibles riesgos económicos. La intensificación en la producción y la necesidad de desarrollar y sostener una economía de bienes de prestigio a escala regional justificaría la aparición de las élites sociales para liderar este proceso socioeconómico.

Al igual que los autores anteriores A. Gilman (1976, 1981, 1987; Gilman y Thornes, 1985) asume igualmente la extrema aridez de sureste de la Península Ibérica como punto de partida, aunque en este caso la explicación propuesta se realiza desde una perspectiva teórica materialista. La estratificación social sería la consecuencia de diferentes cambios en las condiciones técnicas de producción basadas en la irrigación y en el policultivo. La inversión de trabajo en sistemas para controlar y gestionar el agua junto al cultivo de la vid y el olivo, cuya producción supone un importante trabajo previo a la obtención de beneficios, dificultaría enormemente la capacidad de segmentación social inherente a las sociedades tribales. Estas condiciones facilitarían la aparición de élites sociales cuyo poder se vería reforzado por la intensificación y especialización metalúrgica y por el desarrollo de sistemas de protección y defensa de las inversiones realizadas.

Desde un posicionamiento igualmente materialista V. Lull (1983; Lull y Estévez, 1986) planteó un modelo interpretativo centrado en las sociedades argáricas y basado en la premisa contraria a la asumida por los autores anteriores: las condiciones medioambientales no serían tan áridas como las actuales sino que al contrario se caracterizarían por mayores índices de humedad. Esta conclusión se obtiene fundamentalmente a partir del análisis realizado sobre las

implicaciones medioambientales de las muestras faunísticas recuperadas en diferentes yacimientos de las Edades del Cobre y Bronce. En este contexto las causas que desencadenan el proceso de jerarquización social son relacionadas con el proceso de especialización artesanal de la producción cerámica y muy especialmente metalúrgica. El desarrollo de producciones complementarias supondría la dedicación exclusiva de mano de obra a actividades no subsistenciales, el aumento y regularización de los intercambios, las comunicaciones y el transporte. El control de estos nuevos recursos y actividades transformaría las relaciones sociales basadas en el parentesco, propias de sistemas igualitarios, en relaciones con claras asimetrías sociales. En este contexto las nuevas élites sociales consolidarían su favorable posición mediante el uso coercitivo de la fuerza lo que facilitaría la aparición del estado como forma de organización política.

La contrastación del debate

Durante los años 90, y especialmente durante primera década del siglo XXI, los proyectos de investigación de campo se han visto reducidos de forma muy considerable. A lo largo de este periodo las actuaciones arqueológicas han estado y están fuertemente conectadas o bien con problemas de conservación asociados a excavaciones de urgencia, o fundamentalmente con intervenciones de apoyo a los proyectos de valorización del patrimonio arqueológico impulsados desde la administración autonómica. Sin embargo, la investigación del nuevo corpus documental generado durante los años 70 y 80 junto a nuevas investigaciones realizadas de la colección Siret (Schubart y Ulreich, 1991, Brandherm, 2003) o más recientemente sobre la colección Furgús (Hernández *et al.*, 2009) han enriquecido muy sustancialmente el debate generado durante los años 80 sobre los proceso de jerarquización social.

La considerable ampliación de la base documental desarrollada desde nuevas perspectivas teóricas ha facilitado solventar en parte una de las objeciones fundamentales planteada en los años 80 sobre lo inapropiado de la base empírica para la correcta contrastación de las nuevas teorías planteadas (Molina, 1983; Schubart y Arteaga, 1983). Pero sobre todo ha permitido vislumbrar la enorme complejidad y variabilidad de las comunidades argáricas. Asunciones tradicionales consideradas parte del conocimiento cierto de las sociedades argáricas tales como el tipo de familia nuclear basado en relaciones conyugales materializadas en los habituales enterramientos dobles de individuos masculino y femenino, o la importancia de las armas en las prácticas coercitivas de estas sociedades han sido profundamente cuestionadas y actualmente son objeto de un importante debate (Castro, 1993-94; Lull, 2000; Aranda *et al.*, 2009b).

Durante la nueva etapa de investigación que se inaugura a partir de los años 90, el debate en torno al grado de aridez de las diferentes comarcas del sureste se mantiene en el centro de la controversia científica, siendo objeto de nuevos esfuerzos tendentes a una caracterización más precisa de las condiciones medioambientales prehistóricas. A partir de la información obtenida en las nuevas intervenciones arqueológicas, se han desarrollado líneas de investigación basadas fundamentalmente en estudios de tipo antracológico, palinológico y carpológico que han permitido profundizar en el conocimiento de dos de las más importantes áreas de la cultura argárica: la cuenca de Vera en Almería (Ruiz *et al.*, 1992; Castro *et al.*, 1995, 1999a; Rodríguez-Ariza, 2000; Carrión, 2004) y las cuencas del surco intrabético granadino (Rodríguez-Ariza, 1992; Rodríguez-Ariza y Ruiz, 1993, 1995; Buxó, 1997; Rodríguez-Ariza *et al.*, 1996a y b).

El resultado de las diferentes analíticas emprendidas demostraría el dinamismo de los procesos de cambio y transformación medioambiental. Tanto los estudios antracológicos como polínicos plantean la existencia durante la Edad del Bronce de un paisaje diferente al actual caracterizado por una cobertura vegetal de bosque mediterráneo junto a espacios abiertos y bosques de ribera en las zonas más húmedas. Esta situación ecológica sería objeto de un proceso de creciente degradación y aridez observable en la paulatina desaparición de la ripisilva y en la fuerte salinización de los suelos, proceso que ha sido conectado con la fuerte presión antrópica cuyos efectos serían claramente visibles en los momentos tardíos de las sociedades argáricas. Las condiciones climáticas de temperatura y humedad necesarias para el desarrollo de esta cobertura vegetal no serían muy diferentes a las actuales (Castro *et al.*, 1999a; Carrión 2004), aunque para las cuencas internas granadinas se ha planteado una pluviosidad superior a la actual, lo que facilitaría unos cursos de agua más permanentes y unas mejores condiciones de humedad relativa (Rodríguez-Ariza, 1992; Rodríguez-Ariza y Ruiz, 1993, 1995; Buxó, 1997; Rodríguez-Ariza *et al.*, 1996a y b).

Junto a las investigaciones polínicas y antracológicas, los estudios carpológicos han supuesto igualmente una importante contribución a la caracterización paleoecológica y al debate en torno al desarrollo de prácticas agrícolas en condiciones de irrigación o de secano. Los análisis de isótopos de carbono, como medida de las condiciones de humedad soportadas por las semillas durante el proceso de crecimiento, sugieren un medioambiente con un mayor índice de precipitaciones. Para el clima mediterráneo, el cultivo de cereales como la cebada y el trigo muy raramente mostraría valores isotópicos inferiores a 18·0‰ y 17·5‰ en condiciones de irrigación. El estudio isotópico de las muestras procedentes de yacimientos argáricos de las cuencas de Guadix y Baza presentaría unos valores mayores que los cultivos actuales de las mismas especies realizados en condiciones de secano, pero sin embargo inferiores a los índices característicos de los cultivos de irrigación. Estas diferencias en las condiciones de humedad durante el crecimiento de los cereales sería el principal argumento para plantear tanto un régimen de precipitaciones durante la Edad del Bronce superior al actual como unas prácticas de cultivo de secano, ya que en ningún caso se alcanzarían los valores isotópicos propios de una agricultura de irrigación. Diferente escenario sugieren los altos valores isotópicos de leguminosas como las habas para los que si se aceptan unas condiciones de cultivo asociadas a la irrigación (Araus *et al.*, 1997a y b; Ferrio *et al.*, 2005).

Incluso los defensores de una agricultura de secano para los cereales asumen la posibilidad del desarrollo de prácticas de irrigación sencillas para el cultivo de leguminosas y lino. La escasez de leguminosas en las muestras carpológicas frente a los cereales, especialmente cebada, ha llevado a plantear la limitada importancia de su cultivo, lo que facilitaría el uso de pequeños huertos o zonas inundables. No obstante, este escenario parece diferente si lo que se valora es el lino cuyos altos requerimientos hídricos parecen dejar fuera de toda duda su cultivo en condiciones de irrigación. La información arqueológica de la que se dispone actualmente indicaría que el lino sería la fibra vegetal fundamental en la elaboración de tejidos (Siret y Siret, 1889; Alfaro, 1984; López Mira, 2009). En realidad, si exceptuamos la reciente documentación de lana en el asentamiento del Castellón Alto (Galera) (Molina *et al.*, 2003), el tejido de lino sería el único del que se tiene evidencia arqueológica en la mayoría de yacimientos argáricos distribuidos por todo el sureste peninsular. Aunque es necesario valorar de forma precisa la escala de producción para la elaboración de estos tejidos,

si que parece que el volumen de lino necesario para satisfacer las necesidades de una población en crecimiento demográfico justificaría una mayor extensión de terreno cultivable de la hasta ahora considerada y unas prácticas de irrigación probablemente más complejas que las propuestas.

Las líneas de investigación paleoecológica desarrolladas en estos últimos 20 años en torno al grado de aridez del sureste peninsular y por extensión al tipo de práctica agrícola permiten sugerir unas condiciones medioambientales más favorables que las actuales. Las características de la cobertura vegetal documentada, junto a un régimen de precipitaciones ligeramente superior, facilitarían la práctica de una agricultura cerealista exitosa sin el concurso de prácticas de irrigación artificial. No obstante, el cultivo de leguminosas y especialmente del lino, cuya escala de producción consideramos que no ha sido convenientemente valorada, si que apoyarían una agricultura cuyas necesidades hídricas obligarían al desarrollo de prácticas de irrigación más complejas que sencillas estrategias de cultivo consistentes en aprovechar potenciales zonas inundables.

El segundo de los grandes debates, que ha centrado el desarrollo de diferentes líneas de investigación, ha consistido en el análisis de las formas de organización social de la producción argárica. Tal y como se planteó en el apartado anterior, la especialización artesanal, especialmente en la producción metalúrgica, junto a la circulación e intercambio tanto de materias primas como de productos acabados han sido consideradas como las causas fundamentales que desencadenarían el proceso de estratificación social (Lull, 1983). Para otros investigadores esta actividad productiva jugaría un papel secundario que no requeriría una especialización a tiempo completo, y que, en todo caso, su desarrollo sería más la consecuencia que la causa de la jerarquización social (Gilman, 1976, 1987).

A partir de los años 90 el debate se ha establecido fundamentalmente en torno las evidencias materiales sobre el grado de especialización artesanal en un intento de contrastar las hipótesis planteadas en la etapa precedente. A modo de punto de partida e independientemente de las diferentes perspectivas, existe un acuerdo claro en que la intensificación en la producción metalúrgica en época argárica es un hecho incuestionable. Aunque la importancia y variedad de la metalurgia argárica, no solo del cobre sino también de la plata y en menor medida del oro, ya fue destacada por los hermanos Siret (1889, 1890), no ha sido hasta época reciente cuando el estudio sistemático de las evidencias materiales ha permitido evaluar el importante aumento de la producción. En concreto, para época argárica los objetos de metal se multiplican casi por 5 respecto a los documentados en la precedentes sociedades calcolíticas (Montero, 1993, 1994).

A partir de esta evidencia aceptada de forma generalizada, el debate se traslada a la escala de producción, es decir, si la intensificación en la producción es suficiente o no para generar una especialización a tiempo completo, a la organización geográfica de la producción y al grado de dependencia socio-política de los artesanos. Los argumentos a favor de una producción centralizada y controlada políticamente se concentran en la ausencia de evidencias arqueológicas de las primeras etapas de proceso de producción (minería y reducción) en la inmensa mayoría de los yacimientos argáricos, frente a la presencia de elementos relacionados con las últimas etapas de la manufactura (fundición, forja, acabado y

mantenimiento) en diversos asentamientos considerados con centrales. Esta estructura territorial implicaría que sólo determinados yacimientos como Peñalosa se dedicarían de forma especializada a la minería, reducción y producción de lingotes, que posteriormente serían distribuidos y transformados en objetos acabados en un pequeño número de talleres controlados políticamente. La centralización de la producción y distribución aseguraría el control por parte de las élites sociales de los medios de producción y de coerción a los que pertenecerían una parte importante de los objetos manufacturados y, sobre todo, la mayor parte del metal empleado. La importante demanda de metales conduciría a una escala de producción basada en la especialización artesanal a tiempo completo, aunque los continuos procesos de reciclado habrían enmascarado el volumen real que debió alcanzar la manufactura de metales (Castro *et al.*, 1999b, 2001; Chapman, 2003; Lull *et al.*, 2009).

El control y circulación de los metales también ha sido defendido por otros investigadores que han puesto el acento especialmente en la intensificación y fuerte especialización de la producción de zonas de gran riqueza en minerales como la depresión Linares-La Carolina y valle del Rumbero. Comarcas que, precisamente durante la Edad del Bronce, son objeto de un intenso poblamiento desconocido en periodos anteriores. El intercambio socialmente controlado de objetos acabados y lingotes para su posterior transformación son considerados como el elemento central que explicaría la situación de asimetría social característica de las sociedades argáricas. La intensificación en la producción es relacionada con la importancia que adquieren las armas como medio para la acumulación de riquezas y poder gracias a su empleo sistemático e intensivo en actividades como la guerra y la rapiña (Contreras y Cámara 2002; Moreno *et al.*, 2003; Contreras y Moreno, e.p.).

En el extremo contrario se sitúan los investigadores que defienden una metalurgia argárica de gran sencillez tecnológica caracterizada por la ausencia de complejas estructuras de horno, moldes simples, bajo control de las aleaciones y una escala de producción que en ningún caso justificaría ni una especialización a tiempo completo, ni una centralización del proceso productivo. En apoyo de esta perspectiva se argumenta que la falta de evidencias del proceso productivo en numerosos yacimientos debe relacionarse con dos procesos interrelacionados que dificultarían enormemente su visibilidad arqueológica, por una parte, la escasez de escorias generadas durante las etapas de reducción y fundición del metal, y por otra, unos patrones de desecho, posiblemente al exterior de las zonas de hábitat, que en nada facilitarían la documentación de este proceso artesanal. A pesar de este hándicap, serían numerosos los yacimientos que presentan algún tipo de evidencias de actividad metalúrgica. Por otra parte, y contra la argumentación de que el reciclado ocultaría la escala real de producción argárica, se indica que la continua refundición del metal ocasionaría la pérdida de impurezas volátiles como el arsénico. Precisamente, los altos porcentajes de este metal en las piezas analizadas apoyarían unas bajas tasas de reciclado y por tanto un volumen de producción no significativamente superior al documentado. Además, la abundancia y accesibilidad del mineral de cobre en todo el sureste también cuestionaría la posibilidad de una producción metalúrgica basada en el control de fuentes específicas de abastecimiento (Montero, 1993, 1994, 1999; Gilman, 2001; Montero y Murillo, 2010).

Mención a parte merece una de las líneas de investigación que ha sido objeto de especial atención en estos últimos años y que ha tenido como objetivo identificar la procedencia de los metales usados en el proceso de manufactura.

De esta forma se ha pretendido dilucidar uno de los argumentos centrales del debate, si realmente la producción estaba fuertemente centralizada en la explotación de afloramientos específicos, y la relevancia alcanzada por el proceso de intercambio y circulación de materias primas y objetos acabados. Tras una primera tentativa basada en el análisis de la composición elemental de los objetos metálicos (Montero, 1993, 1999), en estos últimos años se ha comenzado a desarrollar una línea de trabajo basada en el análisis de los isótopos de plomo (Stos-Gale *et al.*, 1999; Stos-Gale, 2001, Montero y Murillo, 2010; Hunt *et al.*, e.p.). La determinación de la proporción isotópica posee la ventaja de permanecer constante independientemente del proceso metalúrgico y además puede correlacionarse con mineralizaciones concretas.

La interpretación de los resultados preliminares de isótopos de plomo realizados sobre varios objetos de metal de los yacimientos de Gatas y Fuente Álamo indicaría una procedencia alejada del entorno de estos asentamientos, lo que descartaría la existencia de una producción minero-metalúrgica local. La composición isotópica relacionaría a los objetos analizados con mineralizaciones situadas en el centro-occidente de Andalucía (Castro *et al.*, 1999b; 2001). En el extremo contrario, y a partir de nuevos análisis tanto de objetos manufacturados, restos de fundición como de afloramientos mineros, se defiende la importante variabilidad en los resultados isotópicos como argumento en contra de la homogeneidad que ocasionaría la explotación de recursos concretos. Las identificaciones de la procedencia de varios objetos de los yacimientos de Gatas, Fuente Álamo, El Argar y La Bastida apuntarían hacia la explotación de recursos minerales situados en regiones alejadas entre sí, zonas mineras de Mazarrón-Cartajena, Linares-La Carolina, Sierra de Almagro o incluso Valle de Alcudia. Esta diversidad de origen sería aún más acusada si se considera el numeroso conjunto de metales no identificados que remiten a mineralizaciones no caracterizadas isotópicamente (Montero y Murillo, 2010).

Independientemente de las lecturas que se puedan realizar a partir los análisis isotópicos, sobre lo que sí parece existir un acuerdo importante es en la movilidad de los metales, ya sea como productos acabados y/o como materias primas. La caracterización isotópica demostraría la presencia de objetos metálicos manufacturados con minerales procedentes de explotaciones en algunas ocasiones muy alejadas en el espacio. Incluso esta diversidad de procedencias afectaría a los objetos de yacimientos concretos como Fuente Álamo, en donde se documentan metales de al menos 4 procedencias distintas (Montero y Murillo, 2010).

Obviamente la discusión sobre el grado de especialización en la producción metalúrgica sigue abierta. Líneas de investigación como los estudios isotópicos, aún en estado preliminar, han conseguido importantes resultados que prometen nuevos capítulos en este apasionante debate. La especialización en la producción metalúrgica continúa siendo el sostén de buena parte de los modelos generales de interpretación de las sociedades argáricas. Del avance en la investigación de aspectos como la escala e intensidad alcanzada por la producción metalúrgica, la procedencia y caracterización de las materias primas o los estudios de huellas de uso, dependen en buena medida las interpretaciones basadas en el control de los medios de producción (Castro *et al.*, 1999a, 2001; Lull *et al.*, 2009), y en la coerción física ejercida por las élites resultado del incremento de las armas (Lull y Estévez, 1986, Contreras y Cámara 2002; Molina y Cámara, 2009; Contreras y Moreno, e.p.).

Sin la profundidad e intensidad del debate sobre la metalúrgica argárica, en estos últimos años se han sumado nuevas líneas de investigación que abordan la organización de la producción de otros ámbitos artesanales y subsistenciales. Este es el caso de la especialización en la producción cerámica que también fue considerada de gran relevancia en el proceso de jerarquización social (Lull, 1983). Las investigaciones desarrolladas especialmente en los últimos 15 años han generado una sólida base documental que ha permitido profundizar desde diferentes perspectivas en cómo pudo organizarse socialmente la producción cerámica, su grado de especialización y su incidencia en la aparición y consolidación de las asimetrías sociales (Van Berg, 1998; Castro *et al.*, 1999b; Aranda, 2004, 2010; Colomer, 2005; Gilman, 2008).

En recientes investigaciones, y a partir del grado estandarización de la producción cerámica, de las formas de distribución y consumo y de las características generales del proceso tecnológico de manufactura, he planteado la convivencia, dentro de la tradición alfarera argárica, de dos formas de organización de la producción. Una primera, claramente dominante, consistente en un artesanado especializado con unas destacadas habilidades y conocimientos técnicos para la manufactura de vasijas cerámicas fuertemente estandarizadas. La mayor parte de los conjuntos cerámicos argáricos entrarían dentro de esta categoría, especialmente aquellas vasijas usadas en los rituales funerarios de las élites sociales. En segundo lugar se mantendría, de forma más marginal, una producción doméstica caracterizada por la aplicación poco hábil de la tradición artesanal argárica. Se trataría de individuos conocedores de los estándares formales y tecnológicos argáricos pero con una evidente falta de rutina y destreza que provocaría vasijas cerámicas con diferentes tipos de anomalías. El proceso de especialización en la producción cerámica argárica estaría estimulado por el importante rol simbólico que las cerámicas juegan en determinados contextos rituales. La demanda de vasijas cerámicas para hacer frente a las obligaciones ceremoniales de las élites sociales impulsaría el desarrollo de una escala supradoméstica de producción (Aranda, 2010).

Finalmente, y dentro de este debate, destaca un reciente y sugestivo modelo de organización de la producción agrícola argárica basado en las diferencias territoriales observadas entre las diferentes etapas de cultivo, procesado, almacenamiento y distribución de los cereales, especialmente de la cebada. En este sentido, se ha planteado que los grandes asentamientos argáricos situados en zonas elevadas y escarpadas de gran potencial estratégico aunque de baja capacidad agrícola, se caracterizarían por la fuerte presencia de molinos y zonas de almacenamiento que en diferentes ocasiones han sido interpretados como auténticos talleres especializados. Según los cálculos realizados para asentamientos como Fuente Álamo, la capacidad de transformación de cereal superaría ampliamente las necesidades subsistenciales de la población estimada. Además la puesta en funcionamiento de las elevadas concentraciones de molinos obligaría a la llegada de mano de obra externa al poblado. Esta situación contrastaría con los pequeños asentamientos de llanura, mucho mejor conectados con zonas de alto potencial agrícola, pero sin embargo con escasez de molinos para la transformación del cereal y, por el contrario, con abundancia de elementos cortantes realizados en sílex. Todas estas diferencias se integrarían en un modelo de dependencia y subordinación de las pequeñas aldeas del llano respecto a los poblados situados en zonas elevadas (Risch, 1998, 2002, 2008; Lull *et al.*, 2009).

Nuevas perspectivas de análisis: la ideología argárica

Junto al debate sobre el apoyo empírico de las propuestas planteadas en los años 70 y 80, en estos últimos años han comenzado a desarrollarse nuevas perspectivas que ponen el acento en cómo las diferentes comunidades argárica definen, negocian y modifican sus identidades sociales a través de diferentes prácticas sociales y rituales (Aranda y Esquivel, 2006; 2007; Sánchez Romero, 2004, 2008a; Sánchez Romero *et al.*, 2007; Montón, 2007, 2010; Aranda, 2008, Aranda *et al.*, 2009a y b). El análisis de la ideología argárica y de sus códigos de significado permite abrir una nueva ventana a la comprensión de cuáles son las causas que desencadenan el proceso de creciente desigualdad o de cómo iguales se convierten en subordinados asumiendo y aprobando un cambio tan radical en sus circunstancias y formas de vida.

Si el poder se fundamenta en el control del trabajo y de sus frutos ¿cómo ese control es establecido e institucionalizado? La respuesta se encuentra en la habilidad de determinados grupos sociales o élites emergentes en limitar la autonomía de otros individuos mediante el control de la distribución de aquellos bienes de consumo necesarios para la reproducción social, por ejemplo, objetos que usados y consumidos en diferentes prácticas sociales afirman, crean y reproducen lazos interpersonales (Arnold, 1996; Brumfiel y Earle, 1987; Stein 1996, 2001; Schortman y Urban, 2004; Hayden 1998, 2001, 2009). En estas condiciones la mayor parte de los miembros de la población entregan trabajo, lealtad y excedentes a cambio de los bienes que “desesperadamente” necesitan y que se obtienen de aquellos que ocupan determinadas posiciones sociales. En el contexto de prácticas sociales que implican el intercambio mutuo, débitos irreparables o no pagables conducen a situaciones de dependencia (Arnold, 1996; Hayden 1995, 1998). La imposibilidad de obtener por sus propios medios los elementos que hacen la vida social posible genera la aceptación un intercambio asimétrico. Los débitos y obligaciones contraídos entre individuos o grupos sociales son una de las claves de la dependencia, de la pérdida de autonomía y de la aprobación del poder y jerarquización social.

Pero, ¿Qué justifica la imperiosa necesidad del acceso o consumo de determinados bienes? o ¿Cómo se contrarresta la lógica resistencia de aquellos que quedan en situación de subordinación? Posiblemente la respuesta la encontremos en la estructura ideológica que acompaña a cualquier sociedad. Todo grupo humano participa de unos códigos que estructuran y dan sentido a sus vidas a la vez que definen la forma en que los individuos deben relacionarse entre sí y con el medio en el que se insertan. El uso de los mismos símbolos y prácticas sociales supone compartir unos principios, un vocabulario común con el que establecer diferentes relaciones sociales. Toda sociedad participa de un universo de creencias que contienen la razón de ser del propio grupo humano y que tienden a naturalizar una determinada forma de comprensión del mundo. De esta forma, la ideología es concebida como un elemento central en los sistemas culturales del pasado convirtiéndose en una fuente de poder que condiciona la acción social (DeMarris *et al.*, 1996).

Afortunadamente la arqueología, por la propia naturaleza de su objeto de estudio, permite aproximarnos a la materialidad los principios simbólicos e ideológicos que estructuran a un grupo humano dado. Los artefactos a través de sus formas, propiedades y usos, materializan valores y creencias distintivas de una cultura o de una parte de esa

cultura. Haciendo lo abstracto tangible, la cultura material es esencial para inculcar las premisas culturales básicas a lo largo de generaciones así como para crear contextos de significados que motivan y guían la conducta humana (Hodder, 1982, 1986). Todos los productos culturales realizados por una sociedad comprenden un universo simbólico cuya específicas configuraciones en un lugar y en un momento determinado alientan determinados comportamientos y desalientan otros. La materialización de la ideología modela las creencias de los individuos y determina su acción social.

Aunque cualquier creación cultural posee determinados significados es igualmente cierto que algunos elementos son símbolos mucho más potentes que otros, sintetizando importantes valores sociales y estados de emoción. De esta forma, prácticas ceremoniales, objetos simbólicos, rituales funerarios, monumentos etc. se convierten en la mejor forma de representar y transmitir una determinada ideología, de compartir unos determinados valores y de comunicar poder y autoridad. Quien controla estos símbolos está en posesión de darle forma a la realidad haciendo su versión creíble. A través de la cultura material se puede determinar, definir el orden “natural” del universo racionalizando de esta forma las desigualdades y justificando el poder (Baines y Yoffee, 2000; Brumfield, 2000, Clark y Parry, 1990; DeMarris *et al.*, 1996, Hayden, 1995, 1998).

Si la argumentación que plateamos es coherente, el siguiente paso debe consistir en analizar la ideología argárica a través de su materialización en diferentes símbolos y prácticas sociales. De esta forma estaremos en condiciones de definir el escenario en el que se crean, legitiman, manipulan y transforman determinadas relaciones sociales y de poder.

La ideología de la “individualidad”

En las sociedades argáricas, tal y como se indicó anteriormente, su ritual funerario ha sido y sigue siendo la fuente básica de información a la hora de definir sus principales aspectos sociales e ideológicos. Del análisis de estas evidencias funerarias se han derivado tradicionalmente varios aspectos considerados como definatorios de estos grupos sociales. Por una parte, lo que podría definirse como ideología de la “individualidad” frente a la identidad grupal de tipo clánico o corporativo característica de periodo precedente. En este sentido se pasa de una situación social en donde lo determinante son las relaciones de consanguinidad, organizadas en torno a linajes y materializadas en enterramientos colectivos, a otro escenario caracterizado por individuos cuyos referentes identitarios dominantes son la familia nuclear y las relaciones de clase. El ritual de enterramiento argárico de inhumación, mayoritariamente individual, en menor medida doble y de forma mucho más excepcional triple, sería el principal argumento de esta nueva realidad social.

La relación de las sepulturas con las unidades domésticas a las que habitualmente se asocian, junto a la tendencia de los enterramientos dobles a contener un individuo masculino y otro femenino, sugiere la relevancia no sólo de los individuos sino también de la línea familiar en el sentido restrictivo del concepto. Los propios hermanos Siret ya en sus trabajos inauguraron esta interpretación de las nuevas relaciones parentales. En el análisis de la necrópolis de El Argar plantean “En los casos mejor comprobados, los difuntos de esta suerte reunidos eran de diferente sexo, lo que permite

reconocer en ellos al hombre y a la mujer que vivieron juntos. [...] Creemos, por lo tanto, que las sepulturas dobles contienen los esqueletos de dos personas unidas en vida y muertas una después de otra” (Siret y Siret, 1890:206).

No obstante, esta consideración de una sociedad organizada a partir de relaciones conyugales materializadas ideológicamente en las sepulturas dobles ha sido recientemente cuestionada y, actualmente, es objeto de un interesante debate. La datación de varias sepulturas dobles mostraría la distancia temporal existente entre los individuos masculino y femenino de cada enterramiento lo que haría imposible una relación conyugal. Además, los estudios osteológicos de variabilidad métrica realizados sobre la población de El Argar determinarían una importante heterogeneidad de los hombres respecto a las mujeres lo que apoyarían unos patrones de movilidad postmarital masculinos. A esta información se suma otra observación consistente en la tendencia al enterramiento femenino con anterioridad al masculino en las sepulturas dobles. Todos estos argumentos son utilizados para proponer una organización social basada en la matrilocidad en donde las relaciones de parentesco vía materna serían las dominantes frente a la tradicional idea de familia nuclear (Castro *et al.*, 1993-94; Castro *et al.*, 1999a; Lull, 2000). No obstante, nuevos datos tanto de cronología relativa como absoluta cuestionarían, al menos para otros territorios argáricos, la distancia cronológica existente en los enterramientos dobles y la anterioridad del enterramiento femenino (Aranda *et al.*, 2008).

Otro aspecto que reforzaría estas nuevas relaciones sociales que trascienden a los linajes entendidos como líneas de descendencia que determinan la identidad social, sería el importante desarrollo de los adornos realizados en metal incluidos el oro, y especialmente la plata que adquiere un relevante volumen de producción. Según los cálculos de I. Montero (1993, 1994) los adornos suponen más de 50% de los objetos manufacturados en época argárica, multiplicándose por más de 30 respecto a la precedente etapa calcolítica. El aumento de los objetos de adorno personal, además de suponer una considerable inversión de trabajo y conocimientos técnicos, enfatiza la necesidad de comunicar información sobre diferentes aspectos de género, edad y condición social. Precisamente la asociación de adornos con individuos específicos, claramente observable en el ritual funerario, resaltaría las múltiples identidades tanto transversales como verticales que definen a las mujeres, hombres e individuos infantiles argáricos (Sánchez Romero, 2004, 2008, Sánchez Romero *et al.*, 2007; Aranda *et al.*, 2009a; Montón, 2010).

La ideología de la guerra

Otro de los aspectos que se deriva igualmente del análisis del ritual funerario, y que ha sido considerado como aspecto central de las sociedades argáricas, ha sido lo que puede denominarse como la ideología de la guerra. Ya los hermanos Siret plantearon como la ubicación de los poblados junto a sus construcciones defensivas respondería a una situación de conflictividad generalizada. Incluso la localización de los enterramientos en el interior de los asentamientos se explicaba con esta misma argumentación: “La población debía estar muy agrupada sobre estas colinas, en las que no era posible en absoluto establecer necrópolis separadas. Enterrar a sus muertos extramuros era abandonarlos a la profanación del temido enemigo.” (Siret y Siret, 1889:194).

En la investigación posterior, la guerra y el carácter guerrero de las poblaciones argáricas ha sido asumida de manera generalizada (Gilman, 1976; Lull, 1983; Molina, 1983; Lull y Estévez, 1986, Contreras y Cámara 2002; Molina y Cámara, 2009). Aunque, si bien la guerra no ha sido considerada como un factor clave o decisivo en la aparición de la jerarquización social, sin embargo su presencia sí que condicionaría la capacidad de reproducción de estas sociedades así como la posibilidad de profundizar en sus desigualdades. La imagen de una sociedad fuertemente influida por situaciones de violencia física ha sido aceptada a partir de la observación generalizada de unos patrones de asentamiento supeditados a la búsqueda de localizaciones estratégicas, en algunos casos acompañados de construcciones defensivas, y de la aparición de las primeras armas especializadas en la forma de espadas y alabardas.

Sin embargo, el análisis crítico que recientemente hemos realizado sobre la naturaleza guerrera de estas sociedades presenta un panorama diferente y bastante más complejo del hasta ahora asumido (Aranda *et al.*, 2009b). El primer elemento que hemos considerado ha sido la escala de producción de las armas especializadas que supone el 1.7% del total de elementos producidos y menos del 10% del metal usado en el proceso de manufactura (Montero, 1993, 1994). En términos absolutos, y según los trabajos más recientes (Brandhern, 2003), el total de alabardas documentadas se sitúa en torno a las 50 y las espadas no superan los 13 ejemplares. Ni cuantitativa ni cualitativamente parece que las armas sean un elemento relevante en el proceso de producción metalúrgica en relación con otros objetos metálicos, comparación que además es perfectamente factible ya que el contexto de amortización de todos los elementos metálicos considerados es el mismo, a saber, lo ajuares funerarios. Esta escasa relevancia se acentúa aún más si consideramos la escala temporal y espacial de las sociedades argáricas, unos 800 años y un amplísimo territorio que en los momentos de máximo desarrollo debió alcanzar los 45000 km². En este contexto parece difícil sostener un escenario en donde las espadas y alabardas hayan jugado un papel relevante en la aparición e institucionalización de la guerra (Aranda *et al.*, 2009b).

Además de espadas y alabardas otros elementos metálicos como las hachas y los cuchillos/puñales también han sido considerados tradicionalmente como armas. En este caso la importancia cuantitativa y cualitativa, especialmente los cuchillos/puñales, sería muy superior ya que suponen en torno al 30% de los objetos producidos y el 80% del metal usado (Montero, 1993, 1994). No obstante, tanto hachas como cuchillos/puñales poseen un carácter polifuncional que les confiere un potencial uso no sólo como armas sino también como herramientas empleadas en diferentes actividades productivas. Esta última parece haber sido la principal funcionalidad de estos elementos si atendemos a dos criterios fundamentales. En primer lugar son muy habituales en los denominados cuchillos/puñales las huellas de reparación y mantenimiento de sus propiedades funcionales. Muchas de sus hojas presentan marcas de continuos reavivados que progresivamente van reduciendo, en algunos casos de forma drástica, su forma y tamaño original. De igual forma son comunes las huellas de reparación de las empuñaduras (Brandhern, 2003). En segundo lugar, en época argárica se produce una importante reducción en la variedad de herramientas fabricadas en piedra tallada, quedando reducida a dientes de hoz utilizados en la siega y trilla del cereal. La ausencia de elementos cortantes y penetrantes ha sido conectada con el importante desarrollo de herramientas realizadas en metal que sustituirían en estas funciones a los útiles en piedra (Castro *et al.*, 1999a, 2001). Todos estos datos enfatizarían la naturaleza instrumental como medios de trabajo de elementos como los cuchillos y puñales.

Junto a las huellas de uso y a la escala de producción, otro elemento central en la discusión que planteamos son las potenciales o previsible marcas de afiladas hojas de metal esperables en los restos antropológicos de estas sociedades. El análisis de los patrones traumáticos de una muestra 155 individuos pertenecientes a diferentes necrópolis argáricas granadinas demostraría la completa ausencia de heridas causadas por hojas metálicas en cualquier parte del esqueleto (Aranda *et al.*, 2009b). Esta primera conclusión es consistente además con los estudios antropológicos publicados para otras necrópolis argáricas (Buikstra *et al.* 1999; Contreras *et al.* 2000; Kunter 2000; López-Padilla *et al.* 2006), lo que supone que esta característica es claramente generalizable.

Sin embargo, y de forma sorprendente, si que se documenta un patrón de traumatismos craneales que apunta en la dirección de la presencia de episodios de conflictos o violencia interpersonal en los que las posibles armas nada tienen que ver con espadas, alabardas u otro tipo de hojas metálicas. No referimos a la presencia de traumatismos resultado de golpes directos con objetos de forma redondeada que dejan unas características marcas en las bóvedas craneales. Son depresiones traumáticas, hundimientos de la bóveda craneal que muestran el lugar y la severidad del golpe recibido. Este tipo de traumatismos está ausente en individuos infantiles concentrándose en individuos adultos, maduros y seniles y muy especialmente en individuos masculinos (Aranda *et al.*, 2009b).

Además la forma de estas lesiones posee un alto grado de estandarización, el 79% de los traumatismos presenta una forma circular u oval. La mayoría se localizan en la zona frontal del cráneo seguida del parietal. Igualmente, otro elemento relevante sería el hecho de que todos los traumatismos craneales presentan claras muestras de cicatrización lo que demostraría que todos los individuos han sobrevivido al golpe recibido. Todos estas evidencias, la forma que estos traumatismos poseen, su localización anatómica y su clara concentración en individuos masculinos adultos nos situaría en un escenario en donde parece bastante probable que estos patrones traumáticos este relacionados con agresiones deliberadas, y por tanto con episodios de violencia interpersonal o combates en donde las armas utilizadas podrían haber sido mazas o porras si atendemos a la forma de los traumatismos (Aranda *et al.*, 2009b).

Por tanto, el panorama al que nos enfrentamos está definido por unos patrones traumáticos que no coinciden con las esperadas heridas si las armas hubieran sido utilizadas de forma regular y sistemática en conflictos bélicos, pero que si que nos invitan a plantear la existencia de episodios de violencia interpersonales en donde las armas usadas no son ni espadas ni alabardas. Si tenemos en cuenta el tipo y la forma de los traumatismos craneales y sobre todo la ausencia de muertes causadas por estas heridas, sería posible proponer una probable regulación ritual de los episodios de violencia interpersonal en donde el objetivo sería infligir una herida al oponente antes que causarle la muerte. Aunque obviamente este planteamiento no deja de ser una hipótesis que requiere de un apoyo empírico mucho más sólido, no obstante sí que es consistente con una amplia casuística etnográfica y arqueológica (Walker 1989, 2001; Turney-High 1991; Robb 1997; Wilkinson 1997; Schulting and Wysocki, 2002; Guilaine and Zammit 2005; Arkush and Allen 2006; Solometo 2006).

En este escenario, si las espadas y alabardas no fueron usadas como auténticas armas, al menos no de forma sistemática, la pregunta siguiente parece evidente ¿cuál fue el rol de estas armas especializadas? El contexto de deposición, como parte de los ajuares funerarios, posiblemente contenga las claves de su probable uso. Las espadas y alabardas forman parte de los ajuares de mayor riqueza lo que les confiere un importante valor social que identifica a un grupo de individuos masculinos que formaron parte de las élites argáricas. En este contexto su uso como auténticos símbolos de identidad social parece ser uno de sus principales cometidos. Estas armas pudieron formar parte de prácticas sociales diversas en donde fueron usadas como elemento de exhibición, contribuyendo de esta forma al reforzamiento ideológico de la asimetría social. Sea como fuere, lo que sí parece evidente es la necesidad de reevaluar la ideología de la guerra como elemento central de las sociedades argáricas.

Prácticas sociales de comensalidad

En recientes trabajos de investigación hemos planteado la organización de prácticas de comensalidad asociadas al ritual funerario como uno de los escenarios fundamentales en los que se materializa la ideología argárica (Aranda y Esquivel, 2006, 2007; Sánchez Romero *et al.*, 2007; Aranda, 2008, 2010; Sánchez Romero, 2008b, 2010; Aranda y Montón, 2010). Nuestro interés por avanzar en la comprensión de las prácticas sociales argáricas y en su significado nos ha conducido a plantear que al menos una parte de los ajuares funerarios, tradicionalmente considerados como ofrendas pertenecientes a un universo de creencias difícilmente accesible, formaron parte de fiestas rituales centradas en el consumo comunal de comida y bebida.

En este sentido, destacan las vajillas cerámicas realizadas *ex profeso* para el ritual funerario y en donde se enfatizan fundamentalmente sus propiedades visuales que las hacen especialmente propicias para prácticas de exhibición y escenificación. De igual forma el sacrificio y consumo de determinadas especies, principalmente bóvidos y ovicápridos, formaría parte sustancial de rito comensal. Un trozo de carne de estas especies, siempre correspondiente a una de las extremidades, sería introducido como parte del ajuar funerario, lo que supondría la participación simbólica del muerto en el propio ritual. La adscripción social de los individuos marcaría importantes diferencias en las características de los rituales de comensalidad desarrollados, tanto en el tipo de carne consumida como en la capacidad de exhibición y amortización de riquezas. No nos vamos a detener en un análisis exhaustivo de las evidencias materiales que apoyan estas propuestas, lo que ya ha sido realizado en trabajos previos (Aranda y Esquivel, 2006, 2007; Sánchez Romero *et al.*, 2007; Aranda, 2008, 2010). A continuación centraremos nuestra argumentación en la discusión sobre el significado social, simbólico e ideológico de las prácticas de comensalidad argáricas como medio para conocer y comprender las formas que el poder adquiere y los mecanismos mediante los que se ejerce y en los que se fundamenta.

En la valoración de las prácticas comensales argáricas es necesario tener en cuenta su carácter polisémico. Como práctica social, el acto comensal une y divide al mismo tiempo, genera relaciones transversales, se definen fronteras sociales y se crean sentimientos de inclusión-exclusión. En este sentido, uno de los valores más importantes del consumo comunal de alimentos estaría relacionado con la definición de identidades sociales tanto a nivel individual

como colectivo. El consumo comunal de comida es uno de los medios más importantes por el que los individuos conceptualizan sus relaciones lo unos con los otros y definen sus identidades como personas que pertenecen a un determinado colectivo. Los individuos o grupos sociales se definen por lo que comen, por la forma en que lo hacen y a través de la comida expresan y construyen su identidad y posición social.

La participación en las prácticas comensales argáricas supondría la expresión de una identidad que sitúa a los individuos en una posición clara de pertenencia a una comunidad y de disfrute de los beneficios que ello comporta, frente a otros individuos o grupos sociales ajenos a los grados de filiación argáricos. De esta forma, el ritual funerario implicaría el desarrollo de lazos de cohesión social independientemente de las diferencias existentes en el seno de estas comunidades. El banquete comunal jugaría un papel clave ya que permitiría crear y mantener una identidad argárica que, sobre todo, supone una determinada forma de comprensión del mundo y de las relaciones del hombre con la naturaleza y consigo mismo. Compartir alimento facilitaría incluir al consumidor dentro de una determinada comunidad, situándolo en el centro de un universo perfectamente definido.

A pesar de las diferencias que pueden documentarse en las prácticas comensales argáricas, la definición de la identidad argárica se desarrollaría gracias a de toda una serie de códigos rituales compartidos que demuestran su transversalidad. Efectivamente, una de las características del ritual argárico es la fuerte normalización en los tipos de ajuares cárnicos y de las partes anatómicas de las especies sacrificadas que son incluidas en las sepulturas. Además, son elementos que se caracterizan por su permanencia en el tiempo y en el espacio ya que se mantienen independientemente del área geográfica o de los aproximadamente 800 años de pervivencia de la cultura argárica. El consumo comensal de carne y los códigos rituales que lo acompañan pueden ser considerados como elementos identitarios que expresan la forma mediante la que los individuos se sienten como parte de un grupo social, de una determinada colectividad. La cohesión social que supone organizar o participar en prácticas comensales es sin duda uno de los valores fundamentales de estos rituales. Conocer y compartir determinados códigos identifican a los individuos como pertenecientes a la sociedad argárica independientemente de su posición social.

El carácter polisémico de las prácticas comensales argáricas supone que además de crear la percepción de cohesión, unidad o transversalidad social se generan igualmente relaciones de distancia, desigualdad y exclusión. En este sentido, la comensalidad también debe ser entendida como uno de los principales dominios de la acción política. A través de estas prácticas los individuos y grupos sociales crean, mantienen y legitiman determinadas posiciones de poder, persigue objetivos económicos y políticos o cuestionan un determinado orden social (Dietler, 2001). Todo ello, mezclado con las intensas experiencias personales y colectivas que produce la muerte, facilita una cierta ambigüedad y crea una ficción que oculta en buena medida la naturaleza del intercambio comensal.

En las sociedades argáricas la naturaleza de este intercambio comensal se basa en la necesidad de justificar y reproducir unas relaciones de asimetría social. Se trata de naturalizar un acceso claramente diferenciado a los bienes de producción. En este sentido el ritual funerario argárico especialmente de la clase dirigente supone una importante demostración

de riqueza. Además de la amortización como ajuares de valiosos elementos como las armas, herramientas o adornos, la organización de fiestas comensales en donde se consumen alimentos de gran valor como la carne de bóvido o determinadas bebidas, todo ello acompañado de vajillas cerámicas exclusivas, supondría la escenificación del poder y riqueza de las familias dirigentes de los diferentes poblados argáricos.

Dentro de esta demostración de éxito social, económico y político de las clases dirigentes argáricas, el consumo comunal de alimentos posee importantes implicaciones sociales y políticas ya que supone el establecimiento de obligaciones de reciprocidad entre el organizador y el invitado. La hospitalidad comensal puede ser analizada como una forma especializada de intercambio con unas características muy especiales, debido a que la comida es destruida en el acto comensal y es incorporada al cuerpo, lo que supone el *embodiment* no solo de un “regalo” sino de las obligaciones que ello comporta. Además, y a diferencia de otros elementos la comida consumida no puede ser invertida de ninguna otra forma. Las obligaciones de reciprocidad pueden convertirse de esta forma en relaciones de superioridad-inferioridad. Este parece haber sido el caso de las sociedades argáricas en donde las diferencias existentes en sus prácticas comensales muestran una situación en donde el intercambio comensal se traduce en asimetría.

El análisis de las evidencias materiales relacionadas con las prácticas comensales también nos ofrece una información que entendemos de gran relevancia para profundizar en cómo estos rituales también suponen un escenario privilegiado para la contestación y transformación de la realidad social. En este sentido destacan los ajuares de determinados individuos que no pertenecerían a las élites sociales, de acuerdo con la clasificación realizadas por Lull y Estévez (1986), pero que sin embargo asumen algunos de sus elementos identitarios como lo adornos realizados en plata y muy especialmente el sacrificio y consumo de bóvidos. El uso de elementos ideológicos pertenecientes a las élites sociales supondría la materialización de una situación de conflictividad social consistente en el intento de determinadas familias argáricas de alcanzar determinadas posiciones de poder.

El uso de la fuerza simbólica de los bóvidos como elementos de prestigio implicaría un claro desafío social desde el momento en que su utilización en rituales comensales implicaría una demostración de poder a la vez que la fórmula para obtener débitos, obligaciones, afinidades sociales a partir de la desigual reciprocidad que define a estas fiestas comensales.

Los rituales de comensalidad argáricos suponen uno de los medios más importantes en los que el poder se fundamenta. El consumo comunal de alimentos contribuiría a la creación de un sentido de comunidad y de conexión con los ancestros al tiempo que legitima y naturaliza una situación social claramente beneficiosa para los sectores sociales dirigentes de las sociedades argáricas. Las fiestas comensales argáricas servirían tanto para crear, definir, reproducir o transformar fronteras sociales como para crear el sentido de comunidad, es decir para establecer relaciones de identidad a través de las fronteras que ellos definen.

Conclusiones

A las preguntas ¿Cuáles son las causas que desencadenan el proceso de creciente desigualdad? o ¿Cómo iguales se convierten en subordinados asumiendo y aprobando un cambio tan radical en sus circunstancias y formas de vida?, que han sido el eje central de la reflexión en torno a las sociedades argáricas especialmente en estos últimos 30 años, las respuestas planteadas en el presente trabajo suponen un giro considerable al situar en el centro del debate a la ideológica argárica. Cómo las sociedades argáricas crean, reproducen y transforman unos códigos simbólicos e ideológicos particulares, que condicionan sus diferentes identidades sociales, es considerado el escenario central en el análisis de por qué determinados individuos y colectivos asumen situaciones de asimetría.

La materialización de la ideología argárica, a partir de las características de ritual funerario y del importante desarrollo de los adornos personales, permite plantear la creación de un conjunto de códigos que enfatizan la “individualidad” social. Este énfasis en el individuo y en la familia nuclear como referentes identitarios quedaría naturalizado mediante prácticas rituales en donde se escenifica y comparte una determinada forma de comprensión del mundo que crea determinados lazos de cohesión social.

Esta nueva forma de construcción de la identidad no implica necesariamente diferencias sociales. Ahora bien centrar la materialización de la ideológica argárica en el consumo comunal de alimentos y bebidas con ocasión de un ritual funerario, que recordemos es fundamentalmente individual, abre la puerta a nuevas realidades sociales en este caso de asimetría. Como se ha indicado anteriormente compartir el alimento supone el establecimiento de obligaciones de reciprocidad entre el organizador y el invitado, el que da y el que recibe, con la particularidad de que el consumo del alimento imposibilita su inversión en otro bien. El intercambio comensal considerado de esta forma implica la creación de lo que se ha definido como capital simbólico, es decir, capacidad de influencia, prestigio o estatus al menos mientras no se satisfacen las obligaciones contraídas.

La ruptura de este equilibrio, ante la imposibilidad de determinados individuos o colectivos de hacer frente a los débitos comensales, conduce a situaciones de dependencia social respecto al “individuo” que lo organiza que ahora constituye el núcleo central de la identidad argárica superando la solidaridad de imponen los lazos de consaguineidad. Este parece ser el proceso vivido en el seno de las sociedades argáricas. La consolidación del ritual funerario y el aumento del número de enterramientos gracias a su ampliación a nuevos colectivos sociales a partir del 1950 cal BC (Lull *et al.*, 2009), demostraría el éxito de las prácticas comensales en la creación y escenificación de la desigualdad a través de una cada vez mayor inversión de riqueza de determinados sectores sociales.

La institucionalización del poder y autoridad descansaría en los lazos de asimetría comensal basados en relaciones desiguales entre organizador/invitado. El débito social podría transformarse en determinados trabajos para las élites, apoyo en situaciones de conflictividad, control sobre determinados bienes de producción, y especialmente sobre los excedentes y su transformación en bienes de consumo. De esta forma, las prácticas comensales argáricas generan relaciones desiguales de dependencia social.

Pero, ¿por qué los individuos y grupos sociales participan reiteradamente en estas prácticas sociales si les supone asumir una relación de inferioridad? La razón para aceptar un intercambio asimétrico sería la “desesperada” necesidad de formar parte de una identidad colectiva, de una identidad argárica que sitúa a los individuos en el centro de un universo conocido y que los diferencia de otros colectivos. Compartir determinados alimentos, de una determinada manera y en un contexto específico expresa la identidad argárica. A cambio de participar en prácticas comensales, en donde se asume la imposibilidad de hacer frente a las obligaciones de reciprocidad, se ofrece en contrapartida la pérdida de autonomía social.

El desarrollo de la ideología de la “individualidad” materializada en prácticas comensales abre la puerta a nuevas situaciones de desigualdad basadas en los débitos contraídos entre los participantes. La necesidad de sentirse parte de una colectividad, de un universo perfectamente definido empuja a los individuos y colectivos a participar en estas prácticas rituales en donde se tienden a naturalizar las diferencias a la vez que se atenúa cualquier resistencia.

Nota: El presente trabajo de investigación se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i “El contexto social del consumo de alimentos y bebidas en las sociedades de la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica” con referencia HAR2009-07283 y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Bibliografía

- AL OUMAOU, I., JIMÉNEZ-BROBEIL, S. y SOUICH, P. D. 2004. Markers of Activity Patterns in some Populations of the Iberian Peninsula. *International Journal of Osteoarchaeology* 14, 343-359.
- ALFARO, C. 1985. *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ALMAGRO BASCH, M. 1961. La secuencia cultural de la península Ibérica del neolítico al Bronce Final. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 27, 45-59.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. 1973. *El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)*, Acta Arqueológica Hispánica VI, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- ARANDA, G. 2004. Craft specialization in pottery production during the Bronze Age in south-eastern Iberia. *Journal of Iberian Archaeology* 6, 157-179.
- ARANDA, G. 2008. Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, 107-23.
- ARANDA, G. 2010 (en prensa). Entre la tradición y la innovación: el proceso de especialización en la producción cerámica argárica. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía* 1.
- ARANDA, G. y ESQUIVEL, J. A. 2006. Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste

- Peninsular: la Cultura de El Argar. *Trabajos de Prehistoria* 63(2), 117-133.
- ARANDA, G. y MOLINA, F. 2006. Wealth and Power in the Bronze Age of South-east of Iberian Peninsula: the Funerary Record of Cerro de la Encina. *Oxford Journal of Archaeology* 25(1), 47-59.
- ARANDA, G. y ESQUIVEL, J. A. 2007. Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento. *Trabajos de Prehistoria* 64(2), 95-118.
- ARANDA, G. y MONTÓN, S. (2010 en prensa) Feasting death: funerary rituals in the Bronze Age societies of south-eastern Iberia. *Guess Who's Coming to Dinner. Commensality Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East*, London, Oxbow.
- ARANDA, G., MOLINA, F., FERNÁNDEZ, S., SÁNCHEZ, M., AL OUMAOU, I., JIMÉNEZ-BROBEIL, S. y ROCA, M. G. 2008. El poblado y necrópolis argáricos del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Las campañas de excavación de 2003-05. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, 219-264.
- ARANDA, G., MONTÓN-SUBIAS, S., SÁNCHEZ-ROMERO, M. y ALARCÓN, E. 2009a. Death and everyday life. The Argaric societies from Southeast Iberia. *Journal of Social Archaeology*, 9(2), 139-162.
- ARANDA, G., MONTÓN, S. y JIMÉNEZ-BROBEIL, S. 2009b. Conflicting evidence? Weapons and skeletons in the Bronze Age of south-east Iberia. *Antiquity* 83, 1038-1051.
- ARAUS, J. L., BUXÓ, R., FEBRERO, A., CAMALICH, M. D., MARTÍN, D., MOLINA, F., RODRÍGUEZ-ARIZA, O. y VOLTAS, J. 1997a. Identification of Ancient Irrigation Practices based on the Carbon Isotope Discrimination of Plant Seeds: a Case Study from South-East Iberian Peninsula. *Journal of Archaeological Science* 24, 729-740.
- ARAUS, J. L., FEBRERO, A., BUXÓ, R., CAMALICH, M. D., MARTÍN, D., MOLINA, F., RODRÍGUEZ-ARIZA, O. y ROMAGOSA, I. 1997b. Changes in carbon isotope discrimination in cereal plants from different regions of the western mediterranean basin during the past seven millennia: paleoenvironmental evidence of a differential change in aridity. *Global Change Biology* 3, 107-118.
- ARKUSH, E.N. y ALLEN, M.W. (eds.). 2006. *The archaeology of Warfare. Prehistories of Raiding and conquest*. Gainesville, University Press of Florida.
- ARNOLD, J. E. 1996. The Archaeology of Complex Hunter-Gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3(2), 77-126.
- ARRIBAS, A. 1967. La Edad del Bronce en la Península Ibérica. En: Gómez Tabanera, J. M. (ed.) *Las raíces de España*. Madrid, pp. 85-108.
- ARTEAGA, O. 1993. Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar. *Spal* 1, 197-208.
- ARTEAGA, O. 2000. La Sociedad Clasista Inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar. *Revista Atlántico-mediterránea de Prehistoria y Arqueología social* III, 121-219.
- BAINES, J. y YOFFEE, N. 2000. Order, legitimacy, and wealth: Setting the terms. En: Richards, J. y Van Buren, M. (eds.) *Order, legitimacy, and the wealth in ancient states*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 13-17.
- BLANCE, B. 1964. The Argaric Bronze Age in Iberia. *Revista de Guimarães* 74, 129-142.
- BOSCH GIMPERA, P. 1932. *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.

- BOSCH GIMPERA, P. 1954. La Edad del Bronce en la Península Ibérica. *Archivo Español de Arqueología* XXVII, 45-92.
- BRANDHERM, D. 2003. *Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer- und Iteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel*, Stuttgart, Frank Steiner Verlag.
- BRUMFIEL, E. M. 2000. The politics of high culture: issues of worth and rank. *En: Richards, J. y Van Buren, M. (eds.) Order, legitimacy, and the wealth in ancient states*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 131-139.
- BRUMFIEL, E. M. y EARLE, T. K. 1987. Specialization, Exchange, and Complex Societies: an Introduction. *En: Brumfiel, E. M. y Earle, T. K. (eds.) Specializacion, Exchange, and Complex Societies*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-9.
- BUIKSTRA, J. E., HOSHOWER, L. y RIHUETE, C. 1999. Los enterramientos humanos en los sondeos de Gatas. *En: Castro, P. V., Chapman, R., Gili, S., Lull, V., Mico, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M. E. (eds.) Proyecto Gatas. 2 La dinámica arqueológica de la ocupación prehistórica*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 388-393.
- BUXÓ CAPDEVILLA, R. 1997. *Arqueología de las plantas*, Barcelona, Crítica.
- CÁMARA, J. A. 2001. *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica*, British Archaeological Reports. International Series 913, Oxford, Archaeopress.
- CARRIÓN, Y. 2004. Análisis antracológico del yacimiento de Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería): usos de la madera y paleovegetación. *En: Hernández, L. y Hernández, M. (eds.) La Edad del Bronce en tierras levantinas y zonas limítrofes*. Alicante, Ayuntamiento de Villena, pp. 477-486.
- CASTRO, P. V., CHAPMAN, B., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C. y SANAHUJA, M. E. 1993-94. Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos. *Anales de Prehistoria y Arqueología* 9-10, 77-106.
- CASTRO, P., COLOMER, E., ESCORIZA, T., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., GARCÍA, A., GILI, S., GONZÁLEZ MARCÉN, P., LÓPEZ CASTRO, J. L., LULL, V., MARTÍN, C., MENASANCH, M., MICÓ, R., MONTÓN, S., OLMO, L., RIHUETE, C., RICH, R., RUIZ, M., SANAHUJA, E. y TENAS, M. 1995. Territoires économiques et sociaux dans le bassin de Vera (Almería, Espagne) depuis c. 4000 Cal. BC jusqu'à nos jours. *L'Homme et la dégradation de l'environnement*. APDCA, pp. 299-313.
- CASTRO, P., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, E. 1999a. El yacimiento de Gatas (Turre) y la investigación de la sociedad argárica. *Axarquía* 4, 6-39.
- CASTRO, P. V., CHAPMAN, R. W., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. 1999b. *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueoecológica de la ocupación prehistórica*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- CASTRO, P. V., CHAPMAN, R., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M. E. 2001. La sociedad argárica. *En: Ruiz-Gálvez, M. (ed.) La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España?* Barcelona, Crítica, pp. 181-216.
- CLARK, J. E. y PARRY, W. J. 1990. Craft Specialization and Cultural Complexity. *Research in Economic Anthropology* 12, 289-346.

- COLOMER, E. 2005. Cerámica prehistórica y trabajo femenino en el Argar: una aproximación desde el estudio de la tecnología cerámica. En: Sánchez Romero, M. (ed.) *Arqueología y Género*. Granada, Editorial de la Universidad de Granada, pp. 177-219.
- CONTRERAS, F. y CÁMARA, J. A. 2002. *La jerarquización en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir (España). El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, Oxford, Archaeopress.
- CONTRERAS, F., CAPEL, J., ESQUIVEL, J. A., MOLINA, F. y TORRE DE LA, F. 1987-88. Los ajuares cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Avance al estudio analítico y estadístico. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, 135-156.
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A., LIZCANO, R., PEREZ, C., ROBLEDO, B. y TRANCHO, G. 1995. Enterramiento y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa. *Trabajos de Prehistoria* 52(1), 67-108.
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A., ROBLEDO, B. y TRANCHO, G. 2000. La Necrópolis. En: Contreras, F. (coord.) *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de sierra Morena y depresión Linares-Bailén*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 287-322.
- CONTRERAS, F. y MORENO, A. 2010 (en prensa). La minería del cobre en época prehistórica en el alto Guadalquivir. *V Simposio Internacional Sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo. Homenaje a Claude Domergue, León, 19-21 Junio de 2008*. León.
- CHAPMAN, R. 1977. Burial practices: an area of mutual interest. En: Springgs, M. (ed.) *Archaeology and Anthropology: areas of mutual interest*. Oxford, BAR Supplementary Series 19, pp. 19-33.
- CHAPMAN, R. 1978. The evidence for prehistoric water control in south-east Spain. *Journal of Arid Environments* 1, 261-74.
- CHAPMAN, R. 1981. Archaeological theory and communal burial in Prehistoric Europe. En: Hodder, I., Isaac, G. y Hammond, N. (eds.) *Patterns of the past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 387-411.
- CHAPMAN, R. 1982. Autonomy, ranking and resources in Iberian Prehistory. En: Renfrew, C. y Shennan, S. (eds.) *Ranking, resources and exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 46-51.
- CHAPMAN, R. 2003. *Archaeologies of complexity*, London, Routledge.
- CHILDE, V. G. 1957. *The Dawn of European Civilization (6th ed.)*, London, Routledge and Kegan Paul.
- DEMARRAIS, E., CASTILLO, L. J. y EARLE, T. 1996. Ideology, Materialization and Power Strategies. *Current Anthropology* 37(1), 15-31.
- DIETLER, M. 2001. Theorizing the Feast: Ritual of Consumption, Commensal Politics, and Power in African Contexts. En: Dietler, M. y Hayden, B. (eds.) *Feasts. Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*. Washington and London, Smithsonian Institution Press, pp. 65-114.
- EVANS, J. 1958. Two phases of prehistoric settlement in Western Mediterranean. *Annual Report, Institute of Archaeology*

12, 49-70.

- FERRIO, J. P., ARAUS, J. L., BUXÓ, R., VOLTAS, J. y BORT, J. 2005. Water management practices and climate in ancient agriculture: inferences from the stable isotope composition of archaeobotanical remains. *Vegetation History and Archaeobotany* 14, 510–517.
- GILMAN, A. 1976. Bronze Age dynamics in southeast Spain. *Dialectical Anthropology* 1, 307-319.
- GILMAN, A. 1981. The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology* 22(1), 1-23.
- GILMAN, A. 1987. Unequal development in Copper Age Iberia. En: Brumfiel, E. M. y Earle, T. (eds.) *Specialization, Exchange and complex societies*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 22-29.
- GILMAN, A. 2001. Assessing political development in Copper and Bronze Age Southeast Spain. En: Hass, J. (ed.) *From leaders to rulers*. New York, Kluwer Academic/Plenum Publishers, pp. 59-84.
- GILMAN, A. 2008. ¿Qué podemos decir de la organización social de El Argar a partir de su cultura material? En: Cacho, C., Macias, R., Martos, J. A. y Martínez-Navarrete, M. I. (eds.) *Acercándonos al pasado. Prehistoria en 4 actos*. Madrid, Museo Arqueológico Nacional y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B. 1985. *Land-use and Prehistory in south-east of Spain*. Londres, George Allen y Unwin.
- GUILAINE, J. y ZAMMIT, J. 2005. *The origins of war. Violence in Prehistory*. Malden, Blackwell.
- HAYDEN, B. 1995. Pathways to Power: Principles for Creating Socioeconomic Inequalities. En: Douglas, T. y Feinman, G. (eds.) *Foundations of Social Inequality*. New York, Plenum, pp. 15-86.
- HAYDEN, B. 1998. Practical and Prestige Technologies: The Evolution of Material Systems. *Journal of Archaeological Method and Theory* 5, 1-55.
- HAYDEN, B. 2001. Richman, Poorman, Beggarman, Chief: The Dynamics of Social Inequality. En: Feiman, G. M. y Douglas, T. (eds.) *Archaeology at the Millenium: A sourcebook*. New York, Kluwer Academic, pp. 199-230.
- HAYDEN, B. 2009. Funerals as Feast: Why Are They so Important? *Cambridge Archaeological Journal* 19(1), 29-52.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M., SOLER DÍAZ, J. A. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (eds.) 2009. *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*, Alicante, MARQ Museo Arqueológico de Alicante.
- HODDER, I. 1982. *Symbols in action. Ethnoarchaeology studies of material culture*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HODDER, I. 1986. *Reading the Past. Current Approaches to the Interpretation in Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HUNT, M., CONTRERAS, F. y ARBOLEDAS, L. 2010 (en prensa). La Procedencia de los Recursos Minerales en el Poblado de la Edad de Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén): Resultados de Análisis de Isótopos de Plomo. *V Simposio Internacional Sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo. Homenaje a Claude Domergue, León, 19-21 Junio de 2008*. León.
- JIMÉNEZ BROBEIL, S., BOTELLA, M. y ORTEGA, J. A. 1995. Arthropaties in the Iberian peninsula during the Bonze Age: Argar culture. En: Batista, R., Campillo, D. y Carreras, T., (eds.) *IXth European Meeting of the Paleopathology*

Association, Barcelona, Museu D'arqueologia de Catalunya, pp. 173-180.

- JIMÉNEZ BROBEIL, S., AL OUMAOU, I. y ESQUIVEL, J. A. 2004. Actividad física según sexo en la cultura argárica. Una aproximación desde los restos humanos. *Trabajos de Prehistoria* 61(2), 141-153.
- JIMÉNEZ BROBEIL, S., AL OUMAOU, I. y DU SOUICH, P. 2010. Some Types of Vertebral Pathologies in the Argar Culture (Bronze Age, SE Spain). *International Journal of Osteoarchaeology* 20, 36-46.
- KUNTER, M. 2000. Los restos de esqueletos humanos hallados en Fuente Álamo durante las campañas de 1985, 1988 y 1991. En: Schubart, H., Pingel, V. y Arteaga, O. (eds.) *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 265-282.
- LÓPEZ MIRA, J. A. 2009. De Hilos, telares y tejidos en el Argar alicantino. En: Hernández Pérez, M., Soler Díaz, J. A. y López Padilla, J. A. (eds.) *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*. Alicante, MARQ Museo Arqueológico de Alicante, pp. 136-153.
- LÓPEZ PADILLA, J. A., BELMONTE, D. y DE MIGUEL, M. P. 2006. Los enterramientos argáricos de la Illeta dels Banyets de El Campello. Prácticas funerarias en la frontera oriental de El Argar. En: Soler, J. (ed.) *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. Alicante, Museo Arqueológico de Alicante/Diputación de Alicante, pp. 119-172.
- LULL, V. 1983. *La cultura del argar. Un modelo para el estudio de las formaciones sociales prehistóricas*, Barcelona, Critica.
- LULL, V. 2000. Argaric society: death at home. *Antiquity* 74, 581-590.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. 1986. Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 441-452.
- LULL, V. y RISCH, R. 1996. El estado argárico. *Verdolay* 7, 97-109.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2005. Property Relations in the Bronze Age of South-western Europe: an Archaeological Analysis of Infant Burials from El Argar (Almeria, Spain). *Proceedings of Prehistoric Society* 71, 247-268.
- LULL, V., MICÓ, R., RISCH, R. y RIHUETE, C. 2009. El Argar: la formación de una sociedad de clases. En: Hernández Pérez, M., Soler Díaz, J. A. y López Padilla, J. A. (eds.) *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*. Alicante, MARQ Museo Arqueológico de Alicante, pp. 224-245.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. 1989. *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid, Siglo XXI.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., SÁEZ, B., POSAC MON, C., SOPRANIS, J. A. y VAL DEL, E. 1947. *Excavaciones en la ciudad del Bronce mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*. Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias 16, Madrid, Ministerio de Educación.
- MATA CARRIAZO, J. 1947. La Edad del Bronce. En: Menendez Pidal, R. (ed.) *Historia de España*. Madrid, Espasa Calpe.
- MATHERS, C. 1984a. Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in south-east Spain. En: Blagg, T. F. C., Jones, R. F. J. y Keay, S. J. (eds.) *Papers in Iberia Archaeology*. British Archaeological Reports.

- International Series 193, Oxford, Archaeopress, pp.13-46.
- MATHERS, C. 1984b. "Linear regression", inflation and prestige competition: 2nd millenium transformations in southeast Spain. *En: Waldren, W., Chapman, R., Lewthwaite, J. y Kennard, R. C. (eds.) The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the West Mediterranean Islands and the Peripheral Areas.* British Archaeological Reports. International Series 229, Oxford, Archaeopress, pp. 1167-1196.
- MOLINA, F. 1983. La Prehistoria. *En: Molina, F. y Roldan, J. M. (eds.) Historia de Granada 1. De las primeras culturas al islam.* Granada.
- MOLINA, F. y CÁMARA, J. A. 2009. La cultura argárica en Granada y Jaén. *En: Hernández Pérez, M., Soler Díaz, J. A. y López Padilla, J. A. (eds.) En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante.* Alicante, MARQ Museo Arqueológico de Alicante, pp. 196-223.
- MOLINA, F., RODRÍGUEZ-ARIZA, O., JIMÉNEZ-BROBEIL, S. y BOTELLA, M. 2003. La sepultura 121 del yacimiento argárico de El Castellón Alto (Galera, Granada). *Trabajos de Prehistoria* 60(1), 153-58.
- MONTERO, I. 1993. Bronze Age Metallurgy in Southeast of Spain. *Antiquity* 67, 46-57.
- MONTERO, I. 1994. *El origen de la metalurgia en el Sureste de la Península Ibérica*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses.
- MONTERO, I. 1999. Sureste. *En: Delibes, G. y Montero, I. (eds.) Las Primeras Etapas Metalúrgicas en la Península Ibérica II. Estudios Regionales.* Madrid, Fundación Ortega y Gasset y Ministerio de Educación y Cultura, pp. 333-357.
- MONTERO-RUIZ, I. y MURILLO-BARROSO, M. 2010 (en prensa). La producción metalúrgica en las sociedades argáricas y sus implicaciones sociales: una propuesta de investigación. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía* 1.
- MONTÓN, S. 2007. Interpreting archaeological continuities. An approach to transversal equality in the Argaric Bronze Age of South-east Iberia. *World Archaeology* 39(2), 245-261.
- MONTÓN, S. 2010 (en prensa) Muerte e identidad femenina en el mundo argárico. *Trabajos de Prehistoria* 67(1).
- MORENO, A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A. y SIMÓN, J. L. 2003. Metallurgical Control and Social Power. The Bronze Age Communities of High Guadalquivir (Spain). *Archaeometallurgy in Europe.* Milan, Associazione Italiana di Metallurgia/Fundazione Museo Nazionale della Scienza e della Tecnologia "Leonardo da Vinci", pp. 625-634.
- RAMOS MILLÁN, A. 1981. Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la península ibérica. La alternativa del materialismo cultural. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, 242-256.
- RENFREW, C. 1973. *Before Civilization*, London, Jonathan Cape.
- RENFREW, C. 1979. *Problems in European Prehistory*, Endinburgh, Endinburgh University Press.
- RISCH, R. 1998. Análisis paleoeconómico y medios de producción líticos: el caso de Fuente Álamo. *En: Delibes, G. (ed.) Minerales y metales en la Prehistoria Reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica.* Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 105-154.
- RISCH, R. 2002. *Recursos naturales, medios de producción y explotación social. Un análisis económico de la industria lítica de Fuente Álamo (Almería) 2250-1400 antes de nuestra era.* Iberia Archaeologica 3, Mainz am Rhein.

- RISCH, R. 2008. Grain Processing Technologies and Economic Organisation: A Case Study from the South-East of the Iberian Peninsula during the Copper Age. *The Arkeotek Journal* 2(2), <http://www.thearkeotekjournal.org/>
- ROBB, J. 1997. Violence and Gender in Early Italy. En: Martin, D. L. y Frayer, D. W. (eds.) *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*. Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, pp. 111-144.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O. 1992. Human-plant relationships during the Copper and Bronze Ages in the Baza and Guadix Basins. En: Vernet, J. L. (ed.) *Les charbons de bois, le anciens écosystèmes et rôle de l'homme*. Paris, Bulletin de la Société Botanique de France, pp. 451-464.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O. 2000. El paisaje vegetal de la depresión de Vera durante la Prehistoria Reciente: una aproximación desde la antracología. *Trabajos de Prehistoria* 57(1), 145-56.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O. y RUIZ SÁNCHEZ, V. 1993. Acción antrópica sobre el medio natural en el Sureste de Andalucía durante Prehistoria Reciente y Época Romana. *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992 (Proyectos)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 417-428.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O. y RUIZ, V. 1995. Antracología y Palinología del yacimiento argárico de Castellón Alto (Galera, Granada). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992 (II)*, 169-176.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O., RUIZ, V., BUXÓ, R. y ROS, M. T. 1996a. Paleobotany of the Bronze Age community, Castellón Alto (Galera, Granada, Spain). *Actes du colloque d'Archéométrie de Perigueux 1995. Revue d'Archéométrie, suppl.* Rennes, pp. 191-96.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, O., VALLE, F. y ESQUIVEL, J. A. 1996b. The vegetation from the Guadix-Baza (Granada, Spain) during the Copper and Bronze Ages based on Anthracology. *Archeologia e Calcolatori* 7(1), 537-560.
- RUIZ, M. 1992. Environmental exploitation and social structure in prehistoric southeast Spain. *Journal of Mediterranean Archaeology* 5(1), 3-38.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. 2004. Children in southeast of Iberian Peninsula during Bronze Age. *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift* 47, 377-387.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. 2008a. Childhood and the Construction of Gender Identities through Material Culture. *Childhood in the Past* 1, 17-37.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. 2008b. El consumo de alimento como estrategia social: recetas para la construcción de la memoria y la creación de identidades. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, 17-39.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. 2010 (en prensa) Commensality rituals: feeding identities in Prehistory. *Guess Who's Coming to Dinner. Commensality Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East*, London, Oxbow.
- SÁNCHEZ ROMERO, M., ARANDA JIMÉNEZ, G. y ALARCÓN GARCÍA, E. 2007. Gender and Age Identities in Rituals of Commensality. The Argaric Societies. *Treballs d'Arqueologia* 13, 69-89.
- SCHORTMAN, E. M. y URBAN, P. A. 2004. Modeling the Roles of Craft Production in Ancient Political Economies. *Journal of Archaeological Research* 12(2), 185-226.

- SCHUBART, H. 1976. Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar. *Zephyrus* XXVI-XXVII, 331-342.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. 1983. Fuente Álamo y la cultura de "El Argar". *Revista de Arqueología* 24, 16-27.
- SCHUBART, H. y ULREICH, H. 1991. *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*. Main am Rhein, Verlag Philipp von Zabern.
- SCHÜLE, W. 1980. *Orce und Galera. Zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. in Südosten der Iberischen Halbinsel I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*. Mainz am Rhein, Verlag Philipp von Zabern.
- SCHÜLE, W. 1986. El cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce (Granada). Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 208-220.
- SCHULTING, R. J. y WYSOCKI, M. 2002. Cranial trauma in the British Earlier Neolithic. *Past* 41, 4-6.
- SIRET, E. y SIRET, L. 1889. Les premiers habitants des provinces de Murcie et d'Almería. *Revue d'Ethnographie* 7, 181-214.
- SIRET, E. y SIRET, L. 1890. *Las primeras edades del metal en el sureste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 a 1887*. Barcelona.
- SIRET, L. 1889-90. Les coutumes funéraires des populations préhistoriques du Midi de l'Espagne. *Annales de l'Académie d'Archéologie de Belgique* 45-46, 431-445.
- SIRET, L. 1906-07. Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques. *Revue des Questions Scientifiques* X-XI, 1906:529-582, 1907:219-269.
- SIRET, L. 1913. *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. Tome I. De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*. Paris, Paul Geuthner.
- SOLOMETO, J. 2006. The Dimensions of War, *En: Arkush, E.N. y Allen, M.W. (eds.) The Archaeology of War*. Gainesville, University Press of Florida, pp. 23-65.
- STEIN, G. J. 1996. Producers, Patrons, and Prestige: Craft Specialist and Emergent Elites in Mesopotamia from 5500-3100 B.C. *En: Wailes, B. (ed.) Craft Specialization and Social Evolution: in Memory of V. Gordon Childe*. Philadelphia, The University of Pennsylvania Museum, pp 25-38.
- STEIN, G.J. 2001. Understanding Ancient State Societies in the Old World. *En: Feiman, G. M. y Douglas, T. (eds.) Archaeology at the Millenium: A sourcebook*. New York, Kluwer Academic, pp. 353-379.
- STOS-GALE, Z. A. 2001. The development of Spanish metallurgy and copper circulation in Prehistoric Southern Spain. *En: Gómez Tubío, B., Respaldiza, M. A. y Pardo, M. L. (eds.) III Congreso Nacional de Arqueometría*. Sevilla, Universidad de Sevilla y Fundación El Monte, pp. 445-456.
- STOS-GALE, Z. A., HUNT, M. y GALE, N. H. 1999. Análisis elemental de Isótopos de Plomo de objetos metálicos de Gatas *En: Castro, P. V., Chapman, R. W., Gili, S., Lull, V., Mico, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M. E. (eds.) Proyecto Gatas 2. La Dinámica Arqueológica de la Ocupación Prehistórica*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 347-358.
- TURNER-HIGH, H.H. 1991. *Primitive War: Its Practices and Concepts*. Columbia, University of South Carolina Press.

- VAN BERG, P. L. 1998. *La Collection Siret à Bruxelles 2. La Céramique de la Culture d'el Argar (2300-1600 avant notre ère)*. Bruxelles, Musées Royaux d'art et D'histoire.
- WALKER, P. L. 1989. Cranial injuries as evidences of violence in Prehistoric Southern California. *American Journal of Physical Anthropology* 80, 313-323.
- WALKER, P. L. 2001. A bioarchaeological perspective on the history of violence. *Annual Review of Anthropology* 30, 573-596.
- WILKINSON, R. G. 1997. Violence Against Women: Raiding and Abduction in Prehistoric Michigan. *En: Martin, D. L. y Frayer, D. W. (eds.) Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*. Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, pp. 21-44.